

# La Sombra Blanca



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2015

Edita: Reino de Cordelia  
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© Reino de Cordelia, S.L.  
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B  
28016 Madrid

© Carlos Fidalgo, 2015

Cubiertas: Detalles de *Gassed* (1918-1919), de John Singer Sargent

ISBN: 978-84-15973-60-7  
Depósito legal: M-26562-2015  
IBIC: FA

*Diseño y maquetación:* Jesús Egidio  
*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Zamart  
Impreso de la Unión Europea  
Printed in E. U.  
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# La Sombra Blanca

Carlos Fidalgo



# Voces

Preludio <i>Elgin Gairloch</i>	11
<b>I</b>	<b>17</b>
La nieve de Glasgow	19
Virutas	29
Cielos de barro	33
El epitafio	41
<b>2</b>	<b>45</b>
Pétalos <i>Diálogo</i>	47
<b>3</b>	<b>49</b>
La carta <i>Soldado Lennox Kilbride</i>	51
<b>4</b>	<b>59</b>
Pie de trinchera <i>Soldado William Savage</i>	61
<b>5</b>	<b>65</b>
Stormtroopers <i>Sargento mayor Albert Raulison</i>	67
<b>6</b>	<b>73</b>
La brecha <i>Elgin Gairloch</i>	75
Una arruga del tiempo	81

	7	87
El vuelo del Albatros <i>Capitán cirujano</i>		
<i>Robert James Atkinson</i>		89
Niebla de marzo		95
El camino de Tergnier		101
	8	113
El soldado desconocido <i>Teniente Kilbride</i>		115
Los crímenes del Káiser		123
	9	127
Las tinieblas del sargento Bradford		
<i>Sargento Henry Bradford</i>		129
	10	135
La mujer de Cambrai <i>Soldado Ernest Sims</i>		137
	11	147
La locura del teniente Kilbride <i>Teniente Kilbride</i>		149
	12	171
El encuentro <i>Elgin Gairloch-Teniente Kilbride</i>		173
	13	179
Delia <i>Narrador</i>		181
Elgin		185
Epílogo <i>Elgin Gairloch-Teniente Kilbride</i>		189

A todos los que les ha costado  
volver de una guerra.

# Preludio

AHORA SÉ QUE SOÑÉ CONTIGO. Soñé que caminabas sobre la playa, como un ángel, y que la resaca no te mojaba los pies.

Soñé que eras una sombra blanca. Ligeras como la niebla.

Soñé que nada te tocaba el alma, porque estabas muerta.

LOS SUEÑOS silenciaron mis palabras.

Yo sé que fue así.

Lo sé.

Aunque el médico dijera que arrastro un defecto de nacimiento.

«No hay nada que hacer», les advirtió a mis padres cuando crecí lo suficiente como para pronunciar mis primeros balbuceos y, extrañados porque no decía nada, le hicieron venir desde Dalmally para que me examinara.

«Sería un milagro que hablara algún día», sentenció.

Y en las manos de aquel hombre, que de camino a casa había asistido a un moribundo atrapado bajo un carro en un desgraciado accidente, pude ver la vida ajena que le brotaba de los dedos y se desvanecía.

AQUEL ESCALOFRÍO fue mi primer contacto con una realidad que nadie más percibía. A medida que crecía en silencio, comencé a diferenciar el eco de otras voces bajo las palabras de algunos adultos. En ocasiones, miraba a la gente a los ojos y me parecían pozos profundos. Los agujeros que deja el insomnio. A veces rozaba unas manos por casualidad, las de algún tratante de ganado que visitaba los establos de mi padre, o las de alguna mujer que nos compraba huevos y leche en la aldea de Falkirk Lane, y notaba cómo se desprendían sombras atrapadas en la piel durante años.

Después, soñaba con ellos. Como al principio, cuando las palabras todavía no tenían forma en mi boca. So-



ñaba que no estaban muertos, ni estaban vivos. Igual que soñé contigo.



CRUZAMOS EL CANAL de noche. Navegamos en un mercante adaptado como transporte militar. En los tiempos que corren, la guerra lo altera todo. Y viajamos de noche porque el Almirantazgo quiere esquivar la vigilancia de los submarinos enemigos. Esos monstruos sumergidos bajo las aguas.

Nuestro sargento me ha ayudado a subir al barco y, en cuanto me ha tocado, he notado sus manos cargadas de muertos. Es un veterano. Y embarcamos todo un regimiento. Ninguno hemos luchado, pero a todos nos han contado lo suficiente de la guerra de trincheras como para que nos preguntemos qué nos espera.

Algunos duermen apoyados en las paredes de la bodega, otros hablan en voz baja, hay quien pide permiso para subir a cubierta. «Permiso denegado». Y hay quien se levanta y estira las piernas, nervioso, y lía un cigarrillo. «Apague eso, soldado, si no quiere ahumarlos».

Yo tengo un ojo de buey junto a mí y vuelvo la cabeza hacia afuera. Observo las luces de la costa, que se ale-

jan como un enjambre de abejas luminosas. Y dirijo la vista hacia el mar abierto, hacia lo desconocido. Después cierro los ojos y sueño contigo.

SUEÑO QUE FLOTAS en el Canal. Arrastrada por las corrientes. Y dejas una estela de espuma que se retuerce sobre el agua, blanca como el sudario que te envuelve.

Sueño que flotas inmóvil, serena. Sueño que no pesas.

Entonces alguien grita y me obliga a abrir los ojos. Alguien que ha visto una sirena.

«DEBE DE SER UN CADÁVER. Algún fallecido en alta mar arrojado desde un barco», asegura el sargento mientras otea el horizonte a través de la claraboya. No parece que vea nada.

«Me dio la sensación de que se ponía en pie», le explica el soldado que me ha despertado con sus gritos, confundido porque ha dejado de verte en el momento en que he abierto los ojos.

«Tonterías. A los muertos se los viste así cuando mueren en un barco», comenta el suboficial. «Duérmase y no moleste a sus compañeros».

Y yo cierro los ojos. Me sumerjo otra vez en el sueño. Y te veo.

Estás envuelta en una mortaja. El agua no te moja los pies. El mar no se atreve a tocarte.

I

# La nieve de Glasgow

EL DÍA QUE LLEGÓ a casa aquella carta del Ejército pronuncié mis primeras palabras. Entré en la cocina con el llamamiento a filas en la mano y madre pensó que había sido mi anciano padre el que había dejado el establo y había salido al camino de Loch Awe a recoger el correo del buzón.

«¿Qué nos ha traído el cartero?», le preguntó mientras ordenaba las tazas en el aparador. Y fue su hijo el que le contestó.

Me voy a la guerra, madre.

Ni siquiera se volvió.

La taza que sostenía se le escurrió de las manos, se estrelló contra el suelo, como una bomba, rebotó sobre la madera y se agrietó, pero no llegó a romperse del todo.

ESE DÍA ABANDONÉ MI CASA. Dejé a madre muy alterada. Y a padre, que no sabía cómo ofrecerle consuelo.

Atravesé campos y cercados de piedra, vagué por caminos y aldeas cada vez más lejos de la granja, hasta que llegué a una llanura que se abría hacia el mar como la copa de un árbol. En lo alto de una pequeña elevación distinguí la torre afilada de una iglesia y un río remontado por un barco, un estuario, la cúpula de un palacio de hierro y una mancha enorme de edificios y chimeneas que llenaban el cielo de volutas de metal. Descubrí que estaba a las puertas de Glasgow, la segunda ciudad del Imperio.

Pronto dejé atrás las calles de tierra, las factorías de ladrillo sucio, los edificios miserables, un mercado de vendedores ambulantes donde todo el mundo regateaba, un barrio de viviendas adosadas y estrechas y llegué al corazón de la ciudad igual que un sonámbulo. Pero no me detuve.

Caminé por avenidas llenas de tiendas, rocé cientos de manos y brazos y en todos descubrí una historia diferente.

Me perdí por calles saturadas de tráfico, esquivé tranvías y coches de caballos y también algunos automóviles a motor que escupían humos pestilentes, como el que ahora conducía el médico de Dalmally. En todas partes escuchaba ecos extraños. Voces dormidas. Y palabras. Millones de palabras enredadas en el aire. No sabía cómo quitármelas de encima.

ENTRÉ EN UNA CALLE llena de tabernas, donde solo los borrachos se paraban a mirarme.

«¡Heey...! Estás empapado, muchacho», me gritó uno de aquellos bebedores, con los dientes amarillos y astillados y el aliento a cerveza en la boca. Pero no le hice caso.

Me senté unos minutos en un parque vacío. Y las nubes se revolvían sobre mi cabeza como si les molestara tanto silencio.

Pensé en el disgusto de mi madre. En la impotencia de mi padre, que nunca había sabido cómo tratarla. Y cansado de las soledades de aquella ciudad tan inhóspita, me levanté del banco, crucé bajo la sombra de un roble muy viejo y me mezclé entre la gente sin que nadie me dirigiera la palabra.

AL FINAL DEL DÍA, di con la oficina de reclutamiento. Era una mansión victoriana de dos plantas, con un jardín descuidado y un muro de ladrillos rojos colonizado por las ramas de una hiedra. La Union Jack ondeaba en el balcón de la fachada, agitada por el viento, y parecía que la cruz roja de San Jorge devoraba el aspa blanca de Escocia mientras el fondo azul se deshilachaba.

«Esos hilos son palabras», pensé. «Pero nadie las entiende».

Como los colores eran muy intensos y me hacían daño en los ojos, aparté la vista del paño y observé la fila de muchachos que esperaban en la acera, junto a media docena de policías que mantenían el orden. Algunos de aquellos chicos estaban asustados. Se les notaba en la cara. Otros fanfarroneaban. Pero todos aguardaban expectantes.

Crucé la calle con la sensación de que los agentes se encontraban allí para evitar una desbandada, como si en lugar de prevenir un atropello, o una riña en la cola, vigilaran una cuerda de presos, y me planté ante los dos soldados de aspecto aburrido que hacían guardia a la entrada de la casa. Erguidos como dos lanzas, vestían uniforme marrón y no se hablaban entre ellos. De hecho, parecían enfadados.

Sin embargo, cuando pasé en medio de los dos, sus voces crecieron dentro de mí.

ENCONTRÉ MÁS HOMBRES uniformados en un amplio recibidor, pero nadie me preguntó por qué no guardaba cola como todos.

Caminé por un pasillo muy ancho, con las paredes revestidas de madera y abarrotado de jóvenes que no llega-



ban a los veinte años, como yo. Todos hablaban en voz alta mientras esperaban su turno para convertirse en combatientes. Y era imposible entender algo de lo que decían.

«Me estallará la cabeza si no se callan», pensé mientras subía unas escaleras de peldaños desgastados, convencido de que era la única persona que se mantenía en silencio entre tanto alboroto.

En la segunda planta me interné en otro pasillo más estrecho, con todas las puertas cerradas, excepto la última, de donde procedía un extraño sonido metálico. Intrigado, avancé hasta la habitación sin que nadie me saliera al paso y entré en una estancia de techos altos y estucados y paredes blancas, donde un cabo muy atareado manipulaba con los dedos una máquina de escritura mientras un teniente le dictaba una lista de nombres.

«Cada pulsación es una vida», me dije mientras veía cómo las letras de hierro caían sobre el papel igual que guadañas.

Ni el cabo ni el teniente me hicieron el menor caso, pero miraron a la máquina espantados cuando me acerqué hasta la mesa y añadí mi nombre a la leva de la Infantería Ligera de las Highlands.



LA EUFORIA DE LA GUERRA había pasado muy pronto. Cuando comenzamos la instrucción en un cuartel de las afueras de Glasgow, quedaban muy lejos los días del verano en que había comenzado todo, el alistamiento masivo de voluntarios, la movilización general en Europa, el fervor patriótico que impulsaba a algunas jovencitas a besar los labios de soldados anónimos. Aquel espíritu se había perdido, cubierto de barro, diezmado por los obuses que a diario reventaban a los soldados de Su Majestad en las trincheras de Francia.

Habían pasado tres años.

TRES AÑOS sembrados de muertos.

TODO EL MUNDO en el cuartel había escuchado historias de trincheras. Relatos de veteranos que hablaban de kilómetros de fosos abiertos en la campiña, batallones inmóviles, cargas suicidas, miles de bajas, una guerra de topas, el aire viciado por gases letales, ametralladoras, lanzallamas y otras máquinas infernales, combates cuerpo a cuerpo, días de aburrimiento, ejércitos de ratas, barro y humedad, fiebre y disentería.

A todos nos habían hablado de los cadáveres que se pudren en tierra de nadie, de la comida fría y de los piojos. «Cuando vayáis allí, muchachos» —nos decían los veteranos, mutilados de guerra que volvían a casa sin una pierna, sin un brazo, y de vez en cuando nos calentaban la cabeza con sus historias—, «cuando vayáis allí, descubriréis que el infierno existe y que os está esperando a vosotros».



EL INFIERNO EXISTE, sí, pero está dentro de nosotros.

Lo sé.

No hace falta que nos lleven a ninguna guerra para saber que nos habita un demonio.

Ese diablo aguardaba en nuestras manos mientras nos enseñaban a disparar con un fusil de cerrojo sin que el retroceso nos lesionara los hombros. Caminaba con nosotros durante las marchas agotadoras por los descampados de Glasgow, con todo el equipo a la espalda. Y era nuestra fuerza cuando nos obligaban a cavar zanjas cerca de alguna carretera, o cuando reptábamos por campos roturados, bajo la lluvia, hasta que el barro se confundía con el uniforme.

«Ya no somos hombres», pensaba. «Somos gusanos».

Algunos se resistían, claro, y los brotes de indisciplina se castigaban con largas sesiones de limpieza en las letrinas, o con guardias interminables, toda la noche a la intemperie, lloviera o no.

Eso duró diez semanas, hasta que una mañana de invierno nos pidieron que formáramos en la estación central de Glasgow.

La primera nevada se nos había echado encima y el frío era intenso, pero la marquesina de metal nos salvaba de la nieve. El aire tenía un raro sabor a cobalto y no había viajeros en el andén. Solo un tren humeante y varios oficiales que no nos miraban a los ojos. Vestido con botas de montar y pantalones bombachos, el mayor que dirigía nuestro destacamento esperó a que toda la formación ocupara el andén, después dio un paso adelante y, mientras arreciaba la nevada y una sábana blanca desdibujaba la ciudad, se dirigió a nosotros con voz solemne.

«En solo unos días lucharéis en los campos de Francia», nos advirtió en un tono afable y respetuoso mientras nos explicaba lo que Gran Bretaña esperaba de nosotros.

«Algunos no volveréis a casa», nos advirtió. «Y los que regreséis lo haréis como héroes. En nombre del Rey».

Pero tampoco nos miraba a los ojos y sus palabras se evaporaban en el momento en que salían de su boca.

CUANDO TERMINÓ su discurso, se hizo un silencio incómodo en el andén. Miré a mi alrededor y se podía escuchar el rumor de los copos sobre la marquesina. Pensé que nadie más se movería. Que todo el pelotón permanecería inmóvil para siempre, como en una fotografía, excepto yo. Pero después de unos segundos, el maquinista hizo sonar el silbato de la locomotora, rompió el hechizo de la nieve, y a una orden del mismo oficial, que no se había mostrado como un gran orador, rompimos filas y nos acomodamos en los vagones de viajeros.

Mientras el tren arrancaba, la luz cenital que iluminaba las vías se volvía cada vez más blanca, como si borrara la realidad.

Dejamos atrás las chimeneas y las fábricas y los astilleros y nos adentramos en una campiña cubierta de nieblas, camino del sur.